

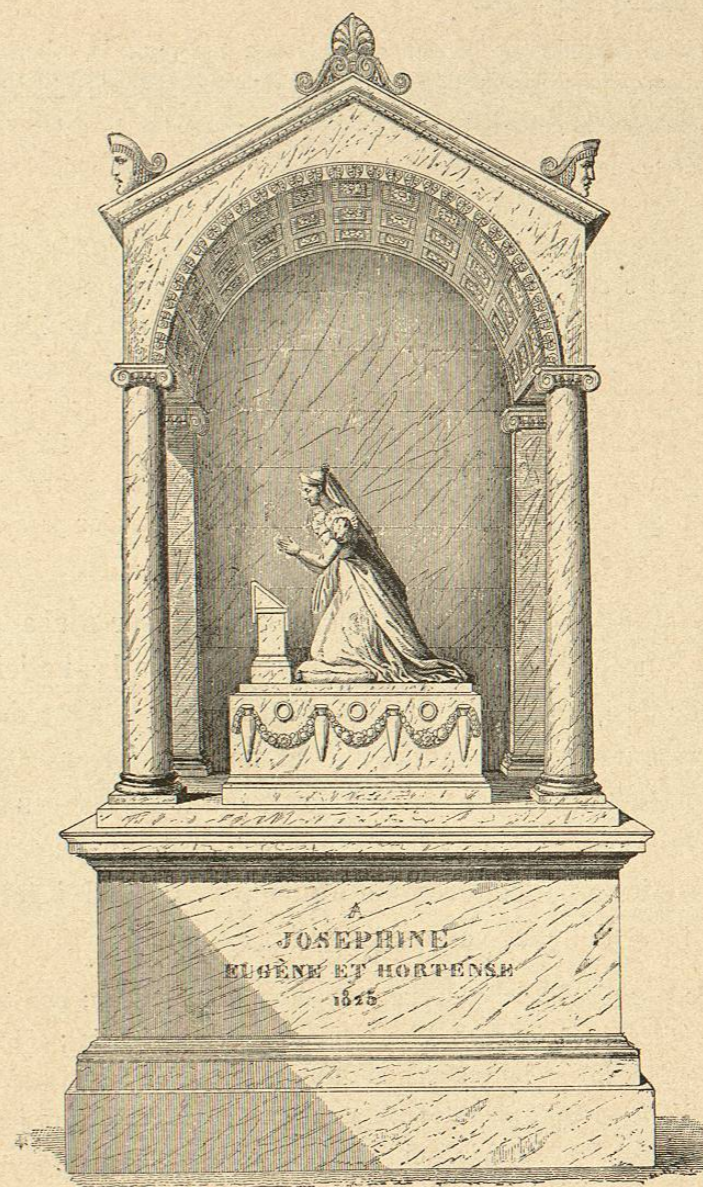
ocurrir en Inglaterra, rechazando la proposición de evadirse como una cobardía y una bajeza. Su pensamiento, lanzándose á las profundidades del porvenir, había visto en su martirio la garantía de los destinos de su familia, y en la grandeza de sus penas, la consagración de su gloria. Tomaba vivo interés en los asuntos de Francia y le gustaba hablar de la marcha de los sucesos, de la conducta de los ministros, de las leyes que se discutían en las Cámaras, principalmente sobre el sistema electoral y sobre la prensa, indicando lo que le parecía que debía hacer el gobierno. Preguntábase qué sucedería á la muerte de Luis XVIII, á quien censuraba el poco conocimiento que tenía de los franceses, pero de quien nunca hablaba mal. «¿Qué sucederá entonces? Se formarán tres partidos, pero sólo con dos candidatos: mi hijo y el duque de Orleans... Me parece que el partido de Orleans será el más numeroso, pues lo compondrán todos los actuales descontentos y esa clase de personas sin energía que poseyendo bienes de fortuna sólo piensan en gozar de ellos tranquilamente. Yo mismo, si aun fuese oficial de artillería y se consultase al ejército, sería partidario de Orleans (1).» La revolución de 1830 debía confirmar sus previsiones (2). Pero á pesar de esta opinión, no perdía la esperanza de que llegaría el turno á su hijo. Un día dijo: «Vale más para mi hijo que yo esté aquí; si vive, mi martirio le devolverá su corona.» En otra ocasión decía: «Jesucristo no hubiera sido Dios si no hubiese muerto crucificado.» Ante la idea de la irresistible influencia de su martirio, Napoleón cesó de sublevarse contra él y llegó á cobrar cariño á sus crueles sufrimientos.

Si hubiese sabido exactamente lo que pasaba en Europa, hubiera podido asegurar desde el segundo año de su cautiverio que sus previsiones eran justas. Una de las pruebas más elocuentes y preciosas

(1) A pesar de la justa reserva con que trataba á M. de Montchenu, alma mezquina que no pensaba más que en dos cosas, en hacerse aumentar su sueldo y en saber cuanto antes la muerte de su prisionero, encargó oficiosamente á Montholon que felicitase al delegado de Luis XVIII por el nacimiento del duque de Burdeos.

(2) Esta preocupación por los asuntos políticos de Francia puede considerarse como una prueba de lo que dice Pasquier, en la página 443 del tomo IV de sus *Memorias*, en donde afirma que Napoleón favoreció y subvencionó las conspiraciones que se fraguaron contra el gobierno de la Restauración. Los fondos que distribuyeron los agentes del complot en que Carón y Nantil desempeñaron el principal papel, salieron de la caja del banquero Laffite, con cargo á las cantidades en ella consignadas por el Emperador.

del prestigio que iba adquiriendo «la víctima de los reyes,» y del íntimo enlace que ya se había formado en las inteligencias entre los



Monumento sepulcral erigido á la emperatriz Josefina por sus hijos Eugenio y Hortensia Beauharnais, en la iglesia de Rueil

recuerdos napoleónicos y la libertad, nos la da en 1816 el más ilustre de los poetas ingleses contemporáneos, lord Byron, en su *Oda á Santa Elena*:

«¡La paz sea contigo, isla del Océano! ¡Salud á tus brisas y á tus olas; mira al respetuoso mar coronando de blanca espuma tus vetustos arrecifes! ¡La histo-



ria te prepara también una rica guirnalda, en la que el inmortal laurel adornará tu frente, cuando los pueblos, que hasta ahora no te han conocido, habrán inclinado su cabeza ante el cetro del olvido! Gloria eterna te espera... tú recibirás el sagrado homenaje de los siglos.

» ¡Salud al caudillo que ha depositado sobre tus rocas la soberbia carga de sus glorias! ¡Cuando llegue al fin de su vida, legará sus triunfos á la posteridad y la historia consagrará su fama! La grandeza de sus hechos le coloca en el número de los héroes de los pasados tiempos; los reyes rendirán un día homenaje á su nombre; los cantos de los poetas y las enseñanzas de los sabios ensalzarán al asombro de las naciones. Sí, todos los grandes hombres de la historia se inclinarán ante tí, eclipsados por tu esplendoroso genio, astro potente de las Galias.

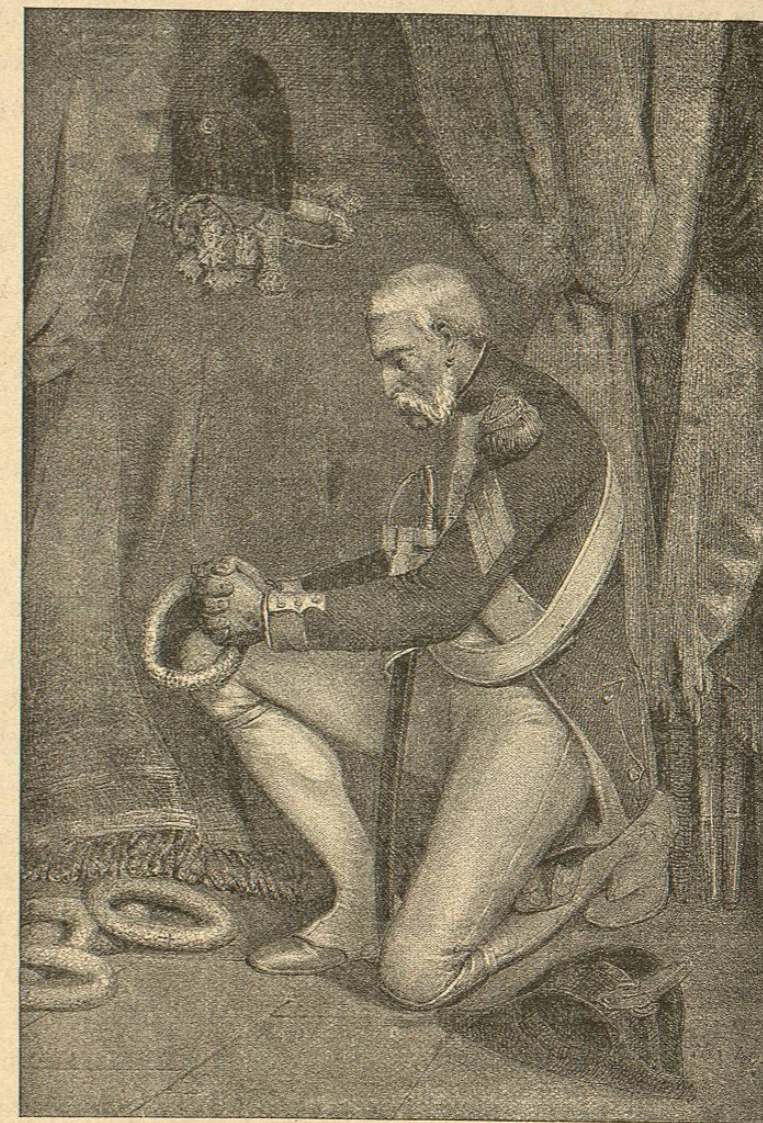
»...La flor de lis, hoy tan brillante, se marchitará. ¿Dónde está la firme mano que ha de salvarla? Las naciones que la han entronizado, verán cómo languidece de día en día; funestas escarchas la herirán de muerte. Entonces la violeta que crece en tus valles exhalará su vivificante perfume; entonces la Libertad llamará á sus hijos para entonar su canto triunfal sobre la tumba de los tiranos, y Europa gemirá al ver que tu estrella no reaparece en todo su esplendor para eclipsar los meteoros del Norte.»

Entretanto, la salud del emperador se quebrantaba sensiblemente. En Europa habían producido gran emoción las noticias dadas por el conde de Las Casas sobre el cautiverio del Emperador, y aun tuvo más resonancia la memoria que el doctor O'Meara dirigió á la familia Bonaparte. La madre de Napoleón, retirada entonces en Roma, aprovechó esta ocasión para dirigir una súplica expresiva á los monarcas reunidos en el congreso de Aquisgrán. Pío VII intercedió en Londres á favor del cautivo de Santa Elena.

«Napoleón es desgraciado, sumamente desgraciado, decía; nosotros hemos olvidado sus faltas. La Iglesia no debe olvidar nunca sus servicios; él ha hecho en favor de esta Sede lo que tal vez ningún otro en su posición habría tenido el valor de intentar. No le seremos ingratos... La noticia de que ese desgraciado sufre es ya para nosotros casi un suplicio, sobre todo en estos momentos en que pide un sacerdote para reconciliarse con Dios. No queremos, no podemos, y no debemos contribuir en lo más mínimo á las penas que le afligen; deseamos, por el contrario, desde lo más profundo de nuestro corazón, que se le aligeren, haciéndole la vida más llevadera. Pedid esta gracia en nuestro nombre (al príncipe regente de Inglaterra) (1)...»

(1) Extracto de una carta del cardenal Consalvi (3 de Junio de 1818) citada en Crétineau-Joly, *La Iglesia Romana ante la Revolución*, t. I, p. 485. El papa se opuso también á la publicación de una obra contra Napoleón sobre sus cuestiones con la Santa Sede.

Por fin, en 18 de Septiembre de 1819 llegaron á Santa Elena un médico, Antommarchi, y dos sacerdotes, Buonavita y Vignali (1). El médico encontró al Emperador presa de los más alarmantes síntomas



15 de Mayo de 1821! La oración del veterano. (Copia de una litografía de Charlet)

y que su enfermedad había hecho irreparables progresos. En 17 de Marzo de 1821, Napoleón decía á Antommarchi: «No es la debilidad,

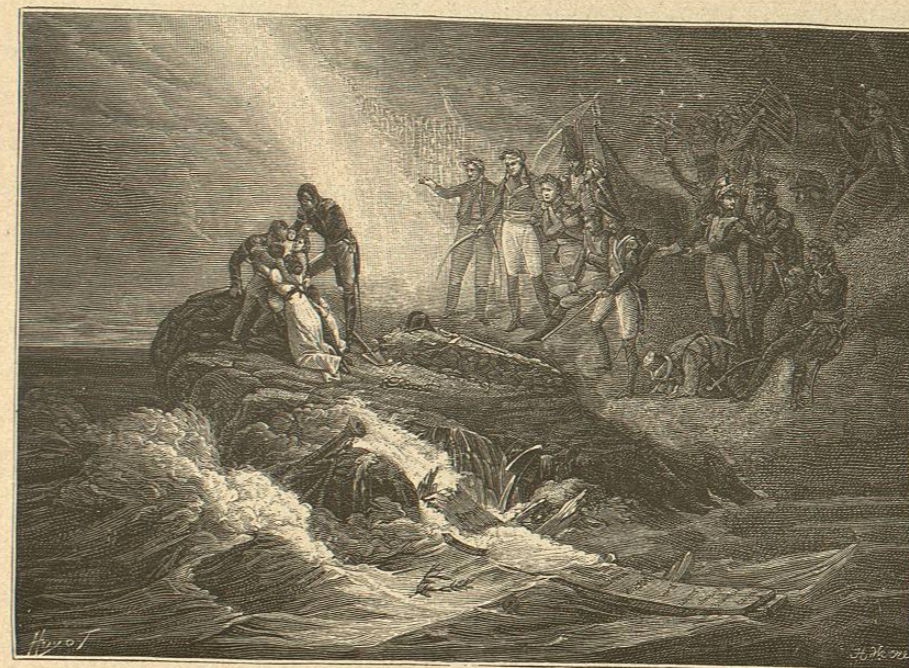
(1) Negóse, según se dice, al abate de Quélen, que después fué arzobispo de París, la autorización que había solicitado para trasladarse á Santa Elena.



es el exceso de fuerza lo que me mata;» y colocando la mano del médico sobre su estómago, añadió: «Han clavado aquí un cuchillo de carnicero y han roto la hoja en la herida.» En 2 de Abril se anunció la aparición de un cometa. «¡Un cometa! — exclamó, — ésta fué la señal de la muerte de César.» En 15 de Abril el Emperador dictó sus últimas disposiciones é hizo su testamento. «Ved mis preparativos, — dijo á Antommarchi; — no me hago ilusiones, ya sé lo qué es esto, estoy resignado.» El 19 se produjo una mejoría, por la que le felicitaron. «Os engañáis, se acerca mi fin...» y agregó: «Cuando muera, todos vosotros tendréis la dulce satisfacción de regresar á Europa; ¡volveréis á ver vuestra familia, vuestros amigos, á Francia! Yo, en cambio, encontraré á mis valientes en los Campos Eliseos...» Y alzando la voz prosiguió: «¡Kleber, Desaix, Bessieres, Duroc, Ney, Murat, Massena, Berthier, todos saldrán á mi encuentro... hablaremos de nuestras campañas con los Escipión, los Anibal, los César y los Federicos!... á no ser, — añadió sonriendo, — que no tengan miedo allá arriba de ver tantos guerreros reunidos.» En este momento entró en la habitación Arnott, médico inglés que había asistido á Napoleón antes de llegar Antommarchi. El Emperador, sumamente agitado, le interpeló bruscamente, rogando á Bertrand que tradujese sus palabras sin omitir una sola sílaba: «Yo vine á sentarme en el hogar del pueblo británico; yo esperaba una leal hospitalidad, vosotros me habéis cargado de cadenas... Vuestro gobierno escogió esta espantosa roca, en donde en tres años escasos se consume la vida de los europeos, para acabar la mía con un asesinato... No existe indignidad ni horror que no os hayáis gozado en hacerme sentir; me habéis privado hasta de las más íntimas relaciones de familia, lo que jamás se ha hecho con ninguna persona. No habéis permitido que llegasen á mí ni una noticia ni un papel de Europa; mi mujer y mi propio hijo no han existido para mí... En esta isla inhospitalaria me habéis señalado para vivir el punto menos adecuado, aquel donde el mortífero clima del trópico se deja sentir con mayor fuerza. Me he visto obligado á encerrarme entre cuatro paredes, con un aire malsano, yo, que he recorrido á caballo toda la Europa!...» Y terminó de esta manera: «Al morir en este espantoso islote, privado de la presencia de mi familia y falto de todo, arrojo el oprobio y el horror de mi muerte sobre

la casa reinante en Inglaterra.» El Emperador se desmayó al pronunciar estas palabras.

El 21 de Abril mandó llamar al sacerdote Vignali, pues Buonavita no había podido soportar el clima de Santa Elena y se volvió á Europa, y el Emperador quiso cumplir sus deberes religiosos, sus deberes de cristiano, católico romano, como él decía; oyó misa y comulgó, á pesar de la oposición de la mayoría de sus compañeros



El peñasco de Santa Elena. (Dibujo alegórico de Horacio Vernet)

de cautiverio, que no temieron en este solemne trance molestar á Napoleón en su último acto de fe haciendo quitar la capilla ardiente que él había mandado disponer. El 28 y el 29 recomendó que le hiciesen la autopsia y que llevasen su corazón á su «amada María Luisa.» Dictó también la carta que debía anunciar su muerte á Hudson Lowe, y dió instrucciones á sus compañeros respecto á la conducta que debían seguir á su regreso en Europa; poco después el delirio se apoderó del moribundo. El 4 de Mayo se desencadenó sobre la isla, donde agonizaba aquel á quien se había llamado *el dueño del mundo*, un huracán violentísimo; Hudson Lowe, trémulo y aterrorizado, según las frases de un poeta inglés, lo describe de esta